

EL BOMBÓN DE CHOCOLATE

Nos encontramos con una chica joven, María, con ojos azules y muy bonita, pero siempre está triste. Vive sola, no tiene familia. De pequeña se quedó sin padres, habían muerto en un accidente y vivió en una residencia para niños huérfanos.

Ahora trabaja en un supermercado en el que le han ofrecido un trabajo temporal por horas. Cada día hace lo mismo: de casa al trabajo y del trabajo a casa.

En la misma escalera, en el piso de al lado, vive un chico de ocho años, Marc, apuesto, espabilado y simpático. Cuando ella vuelve del trabajo, suele encontrarla en el ascensor. Para él es hora de volver de las actividades extraescolares: catequesis, fútbol, inglés..., según el día.



En el ascensor se saludan y hablan un poco. María es feliz por unos instantes, porque Marc le demuestra que está contento de encontrarla.

Un día, la víspera en que Marc celebraría su cumpleaños, cumplía nueve años. Le pareció que María estaba más triste que otros días. El chico se quedó preocupado, después de despedirse de ella como todos los días. Entró en su piso y mientras mamá le daba la merienda, él iba pensando en María. Precisamente hoy venía de la catequesis y la catequista les había insistido mucho en que debemos amar a todo el mundo, como lo hizo -y hace- Jesús, ya que esto es lo que Él quiere que hagamos.

Entre mordisco y mordisco, Marc se preguntaba: “¿Qué puedo hacer yo para animar un poco a María?”. “¿Cómo puedo hacer para decirle que Jesús le ama y yo también le quiero? ...”. Pensando, pensando, tuvo una idea... Lo que a él le hacía feliz, cuando estaba triste, era un beso de mamá, que le dijera que le quiere y le diera uno de esos bombones de chocolate, que ella guarda para momentos especiales.

Le traería, pues, a María un bombón de chocolate, de los que mamá había comprado para la celebración con sus amigos, al día siguiente, que era su cumpleaños. Le daría un beso y le diría que le quería.

A su madre le pareció bien lo que quería hacer y Marc cogió un bombón envuelto en un papel rojizo muy brillante. Llamó a la puerta de María y al abrir ella se le colgó en el cuello, le dio un beso y luego le dijo: “Mañana es mi cumpleaños, cumplo nueve años y te doy este bombón porque te quiero”.



A María nadie le había dicho que la quería, desde pequeña, en la residencia que vivió. Las monjas que había eran muy buenas y decían a menudo a las niñas que vivían allí, entre ellas María, que las querían.

A María los ojos se le llenaron de lágrimas, abrazó a Marc y le besó. Ahora, alguien le amaba y pensaba en ella.

“¿Por qué haces esto conmigo, Marc? Yo nunca te he regalado nada ni te he dado un beso”, le preguntó María.

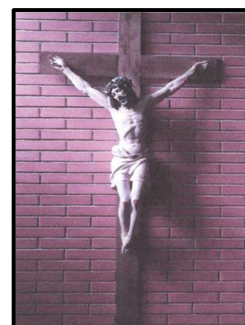
Marc contestó: “Hoy en catequesis nos han explicado muy bien que Jesús nos ama a todos y quiere que nosotros también nos amemos. Yo quería decirte que te quiero y por eso te he regalado el bombón. Ya verás que es muy bueno, te alegrará un poco, cuando lo comas”.

María no se cansaba de darle gracias y demostrarle que estaba muy contenta.

Cuando el chico se marchó y ella se encontraba de nuevo sola, miró el bombón de chocolate y no se atrevió a quitarle el papel. Era un símbolo del amor del pequeño Marc. Si él no hubiera pensado en ella, no tendría el bombón.

Esto le llevó a reflexionar que aquel bombón no era para que se lo comiera. Era un símbolo de cariño, por lo tanto, lo guardaría en la estantería que tenía en el comedor y le recordaría siempre que debemos amarnos y también debemos esforzarnos en hacerlo unos a otros.

Aquel hecho del pequeño Marco la llevó a levantar los ojos a Cristo en la cruz que tenía colgado sobre el cabecero de su cama y sintió resonar en su corazón las palabras que Marc le había dicho: “Jesús nos ama a todos”. Y pensó que, verdaderamente, la cruz es un símbolo del gran amor de Jesús hacia los hombres y mujeres del mundo.



Pasados unos meses, un muchacho, Juan, entró en su vida. Se conocieron y pensaban casarse y formar a una familia.

Un día, Juan le dijo: “¿Por qué tienes este bombón de chocolate en la estantería?, hace días que quiero preguntarte”. María cogió el bombón, lo desenvolvió y, con mucho cuidado, lo partió en dos pedazos. Un pedazo le dio a Juan y le dijo: “Come la mitad tú y la otra mitad, yo. Ahora ya no necesito un símbolo que me recuerde al amor. Nosotros nos amamos y hacemos real el amor”. Y añadió: “Este bombón que el pequeño Marc me dio, me ha hecho pensar en que todos nosotros podemos ser un bombón de chocolate, símbolo de amor, y que lo podemos partir con quien ayudamos, hacemos compañía, alegremos .. y tantas situaciones en que nos podemos encontrar... La mitad hará feliz a quien le damos nuestra ayuda y amistad. Y la otra mitad nos hará felices a nosotros porque cuando hacemos una buena acción nos sentimos contentos”.

Y, muy contentos, se comieron el bombón de chocolate, que un día Marc le regaló y le abrió los ojos a la esperanza y al gozo de vivir.

Todas las cosas y actos nuestros, por pequeños que sean, cuando los regalamos o hacemos con amor, son signos auténticos de amor, como el bombón de chocolate. Siempre serán símbolos del verdadero Amor, que es Dios.